



*Libros*

# Pensar como pretexto y pre-textos para pensar

**E**l aforismo se integra a la familia de formas breves del discurso gnómico o lapidario caracterizadas por el carácter incisivo y la agudeza. Ahí están el proverbio (forma de refrán culto), la máxima (una frase breve, obvia e incontestable de índole moral), el adagio (frase breve, sentenciosa y en forma de consejo que señala la manera de comportarse en la vida), la sentencia (frase breve, obvia e irrefutable), el decir (expresión paremiológica introducida o terminada por la fórmula “como dijo X”: “a la antigüita, como dijo la viejita”) y el refrán o dicho (refrán de origen popular); incluso, confluyen en este afán de brevedad el lema, el epitafio, la frase célebre o apotegma, la consigna y hasta cierto tipo de blasfemia cuando suscribe la idea de brevedad o ingenio y, en forma más distante, hay también relación con otras formas del discurso breve, como el chiste, el enigma y la adivinanza.

Tradicionalmente, el aforismo ha sido considerado como una frase sentenciosa de índole doctrinal que presenta de manera muy breve —capsular, se ha dicho— algún principio doctrinal, una ley, una regla; además, en general, es una instrucción que con frecuencia proviene de alguna ciencia o disciplina, como la jurisprudencia o la pedagogía: “la letra, con sangre entra”, “explicación no pedida, acusación manifiesta”. Sin embargo, el género ha evolucionado, y Mijail Malishev difícilmente comparte del todo esta acepción, como se percibe en el prólogo: Es claro que, ante este tipo

de desplantes educativos, trata de evitar las reglas generales, soslaya el carácter inapelable de las directrices morales y recurre con frecuencia a la ironía. Esta preferencia, acorde con los tiempos que vivimos, lo lleva al terreno de la paradoja y de la reflexión, cuyo papel contestatario es más que evidente con respecto a lo ya dado. En efecto, para el autor, el sentido de la idea de aforismo (del verbo griego *aforizen*, "separar", "definir", que proviene de *òros*, esto es, mojón, hito), consiste ante todo, en llevar más allá el sentido de la palabra (*logos*). Esto es, cargarla de significado para rebasar las postraciones del hábito. No persigue, pues, edificar, y menos recetar moralina, sino reflexionar sobre el sentido y los avatares de la vida; es una invitación a escudriñar su red de contrasentidos, sus pertinaces ambigüedades, sus dislates y paradojas. Se trata, llanamente dicho, de quitar el bastón del hábito al lector para que aguce su entendimiento. Y no rige un espíritu de contradicción, ni hay supuraciones ácidas al estilo de La Rouchefoucauld. Para el autor, "el aforismo, como la ironía y la paradoja, es un enunciado accesible a todo ser humano que, partiendo del sentido común, es capaz de salir temporalmente fuera de él; es una invitación a vivenciar la aventura del pensar".

Por otra parte, la idea de que el aforismo está circunscrito a una disciplina es ajena por completo a Malishev, aunque su perspectiva refleja evidentemente su vocación por pensar; y si acaso puede hablarse de un sentido disciplinario, éste anida en la Filosofía y la Literatura.

En el hablar lapidario del autor están presentes el afán de brevedad como síntesis que busca condensar la experiencia en unas cuantas palabras. También se halla la agudeza, que debe ser entendida como la define Cobarrubias en su *Tesoro de la lengua castellana*, a propósito de la palabra "agudo": "Dícese principalmente del hierro con que cortamos o punzamos y de cualquier otra cosa que corte en esta manera. Transfiérase al alma, y dezimos al que tiene ingenio sutil y

penetrante". Dicho en un tono más moderno, la agudeza es la fuerza expresiva y/o conceptual.

Pero en la brevedad, que siempre agradeceremos, hay un obstáculo, lo que los retóricos llamaban *obscuritas*, la "obscuridad", cualidad considerada como vicio que afectaba el sentido claro (*perspicuitas*) de la palabra o de la frase. Mijail Malishev es consciente de este riesgo y opta, como él mismo lo dice, por el laconismo; sin embargo, en la medida que no pretende dar lecciones morales, ni intenta afán pedagógico alguno (fomentar algún deber ser), sino expresarse ante el lector, la ambigüedad no está ausente, pese al afán de claridad. Las palabras ostentan ya su propia libertad, tienen sus propios armónicos significativos y se integran a la conciencia del lector como un acorde en que los armónicos se independizan hasta formar tonos. Así, con toda certeza, si Malishev nos preguntara a todos los que aquí estamos por el sentido de alguno de sus textos, es probable que tendríamos diferencias de matiz, pero también haríamos interpretaciones encontradas. Es el riesgo inminente de la brevedad y de la invitación a la reflexión; sin embargo, es más una virtud que un defecto, y es el gran reto del aforismo.

La agudeza afronta también el peligro de la oscuridad, tan apreciada por el conceptismo barroco como medio de escabullirse de la banalidad, de la repetición de lo obvio, de lo ya dicho. Sin duda alguna, nadie tiene la gracia de un decir siempre novedoso; ni el poeta surrealista lo alcanzó totalmente en sus asociaciones durante los estados ajenos al fluir normal de la conciencia. Es más, esa libertad llega a ser en muchas ocasiones un cliché expresivo necesario ante la falta de vocación poética. Sin embargo, si puede haber una manera diferente de decir lo ya dicho, y esto genera un estado en que lo trivial es rebasado por completo, como lo recuerda Gracián: "una misma verdad puede vestirse de muchos modos", o como dice Malishev: "un aforismo, quizá, no siempre dice cosas nuevas, pero por lo menos las dice como nadie las había dicho antes", hablamos

entonces de profundidad y de revelación o de revelación de lo obvio, de lo ensuciado por el comercio cotidiano o de la resolución de una dificultad; pero fundamentalmente hablamos de una reflexión personal sobre la vida; una reflexión que rehúsa circunscribirse a los límites del sistema porque es evidente que el lenguaje cumple para Malishev una función expresivo-emotiva que traduce la experiencia vital de manera impresionista, tal vez sin una preocupación excesiva —obviando— las ataduras del largo razonamiento.

Esta capacidad de develar, de desautomatizar la percepción del mundo o de reconstruir lo obvio más allá de su propia elocuencia pleonástica, debe mucho al frecuente manejo de la paradoja por parte del autor a la que define como “remedo del sentido común”. Muy justificada está, entonces, la palabra en el subtítulo de su obra. La paradoja implica ante todo una alquimia verbal que no necesariamente sería tropos, sino figuras del pensamiento que recubre la opción del contraste. Esta operación “mágica” o retórica hace que dos ideas, opuestas hasta cierto punto, se reúnan, ya con

fricción, ya cordialmente, hasta el punto de que parezca que no hay ninguna propuesta antitética. Así, lo absurdo deja de serlo y la paradoja queda entonces como se ha definido: “opinión contraria a la opinión” o, como lo recuerda Gracián, “son las paradojas Monstruos de la verdad” que con frecuencia invitan a la glosa.

Por último, me gustaría arriesgar una afirmación en torno al *ethos* del autor: hay un escepticismo que no es militante y, por tanto, está bien temperado. De esta manera, están acorazadas las desazones del patetismo (que no es lo mismo que el lirismo) con el humor; y no anidan en el libro la sombra de la amargura ni la antipatía. Hay, en cambio, una distancia cordial y tolerante, e incluso puede hablarse de comprensión, porque el saber que la vida está haciéndose; es de este tipo de escépticos; que la vida tiene muchos sentidos, que es compleja y que vivir es también destino. Sin embargo, dado el carácter misceláneo del libro, y para hacer mejor justicia a sus observaciones, Malishev no condesciende con la ilusión institucionalizada por la Iglesia. Hacia allá dirige los dardos de su ironía. LC



Mijail Malishev, *Pensar como pretexto y pre-textos para pensar. Aforismos, paradojas y reflexiones*, México, Plaza y Valdes-UANL, 2005.